

Ediciones
150
P.T.C.
Bastaghe

Bette
DAVIS

CHARLES
Boyer

EL CIELO y TÚ



EL CIELO Y TU

Excepcional asunto dramático, magnífico, humano, emotivo, de éxito rotundo, según la novela de RACHEL FIELD y guión cinematográfico de CASEY ROBINSON

Intérpretes: **BETTE DAVIS - CHARLES BOYER** - Jeffrey Lynn - Bárbara O'Neill - Virginia Weidler
Henry Daniell - Walter Hampden - Georges Coulouris

Director: ANATOLE LITVAK

(1940)

Producción: WARNER BROS.—FIRST NATIONAL PICTURE

Presentada por



EDICIONES BISTAGNE — Pasaje de la Paz, 10 bis — Barcelona

EL CIELO Y TU

(SINTESIS DEL ARGUMENTO DE LA PELICULA)

Las niñas de la clase de francés del aristocrático colegio de miss Haynes, en Norteamérica, esperaban, llenas de curiosidad, la presentación, por parte de la directora, de la nueva profesora, la señorita Henriette Desportes.

El ambiente en la clase estaba enrarecido por la impaciencia maligna de las educandas por demostrar a la incipiente profesora que todas ellas conocían su verdadera personalidad, es decir, que sabían su pasado, envuelto en un bochornoso escándalo de amor.

Apenas iniciada la primera lección, la niña Emilia Schuyler, que había sido quien, enterada de todo lo ocurrido a la profesora, se encargara de propalar el secreto entre sus compañeras, evidenció de una manera categórica el propósito general de desenmascararla y obligarla a dimitir.

—¿Cómo se escribe Conciergerie?—le preguntó.

El suave rostro de la señorita Desportes palideció intensamente, pues ese nombre era el fatídico recuerdo de la cárcel parisiense de mujeres, donde ella permaneció encerrada, y abandonando—con un pretexto cualquiera—la clase, fué a pedir amparo a la directora y al abogado Henry, que la había conocido años atrás, en el barco que la condució a Francia, y que la había recomendado ahora a la indicada directora; y, alentada por ambos, fieles conocedores de su conducta, regresó al aula dispuesta a defender su cargo con la razón y el corazón. Y, a guisa de lección, aunque no de francés, pero sí de humanidad, mucho más necesaria que el aludido idioma para unas mujeres en flor, contó a sus discípulas una triste historia... su propia historia, con otros nombres...

* * *

Henriette Delazy llega al palacio de los duques de Praslin, en París, avalada con los mejores informes, para encargarse de la educación de los cuatro hijos de este matrimonio. La acogida de la duquesa es tan fría como afable la del duque y cariñosísima la de las tres hijas y el benjamín de la casa. Henriette es asimismo de noble ascendencia, aunque su familia no comparte las ideas de los duques. Es sincera y esto la presenta a los ojos del duque como el ideal de la institutriz que deja aparte la política para no pensar sino en su sacerdocio pedagógico.

Al mismo tiempo que Henriette se apodera del corazón y la admiración de los niños y del duque, respectivamente, ha de sufrir en silencio la feroz envidia y luego los celos de la duquesa, enferma, neurótica, irritable, despegada de sus hijos como atormentada por la indiferencia con que la trata el duque, quien a duras penas puede ya disimular su desilusión y hastio ante el insufrible proceder de su esposa, presa de un amor exacerbadamente materialista.

Es lógico que el afecto de Henriette haga resaltar a los niños el contraste del desinterés de la madre para con ellos, y en múltiples detalles se pone de manifiesto la preferencia que ellos sienten por la institutriz, detalles que conoce la duquesa por sus espías, pertenecientes al servicio de la casa.

El duque, por su parte, experimentaba, como los niños, un agradable bienestar junto a Henriette, y así nació, en silencio, en elocuente mutismo, una gran pasión, pasión de

amor y gratitud, pues la institutriz cuidó y salvó la vida, con su abnegación, al hijo menor del matrimonio, sin la menor intervención de la madre, causante, por imprevisión, de tal enfermedad.

En efecto, un día, encontrándose el niño algo malucho, Henriette manifestó sus temores al duque y éste consideró, como ella, que era preferible no sacarlo a paseo ese día, esperando a ver si al siguiente se confirmaban o desaparecían las sospechas de la institutriz. La duquesa, a pesar de la respetuosa indicación de Henriette, se empeñó en llevarse en su paseo en coche al niño, más por el deseo de imponer su voluntad a la de su esposo y a la de la institutriz que por el placer de tener en su compañía durante unas horas a su hijito, y le obligó a ir en el coche de espaldas, a pesar de las protestas infantiles de éste de que se mareaba yendo sentado en sentido contrario a la marcha del vehículo. La duquesa rechazó tales quejas, queriendo que su hijo, siempre débil, débil desde su nacimiento, por motivos íntimos que siempre echaba en cara al padre, fuese fuerte, y ocurrió que el niño se enfrió más, se mareó mucho y, pese a los inmediatos cuidados de Henriette, que lo arropó solícita tan pronto regresó, tuvo que guardar cama, con fiebre, hasta declarársele la difteria.

¡Qué horas más angustiosas vivió Henriette! No dejó un solo instante de vigilar al niño en su lecho, alejada de allí la duquesa, cuyos nervios le aconsejaban estar recluida en sus habitaciones, preguntando nada más, pero sin aportar su ayuda maternal al enfermito.

El duque compartió el peligro de aquellas interminables horas con Henriette, admirando cada día más su infinita bondad, y cuyas ideas eran inmediatamente aceptadas como insustituibles por él, incluso la que tuvo de permitir que el niño se acercase a la ventana, como era su deseo, y esto prescindiendo de la orden rajante del doctor de que ni se recorriesen siquiera los vidrios de los ventanales, siendo el propio duque quien, muy abrigadito el niño, condujo a éste junto a una de las ventanas, abierta sin el menor recelo por Henriette.

La casualidad quiso que la duquesa entrase en aquel momento en la habitación del niño y presenciara aquel in-

sólite espectáculo, increpando a su marido por el horrible error que estaba cometiendo desoyendo la severísima orden del médico.

Mas la Providencia quiso que el niño sanara completamente y se le viera pronto correr por los enarenados jardines del palacio.

Ocultando su despecho, la duquesa mandó un broche a Henriette como premio a sus desvelos, pero cuando ésta se presentó en sus habitaciones para agradecerle tal obsequio, no le disimuló su reconcentrada ira, rechazando con incomprensible dureza sus humildes explicaciones, encaminadas a dejar bien sentado que todas sus decisiones no obedecían sino al deseo de complacer a los duques, sin atribuirse prerrogativas que no le correspondían.

Nada, pues, sino su deber hizo Henriette para ser tan amada por el padre y los niños. Nada que diese margen a nada. Sin embargo, la pasión fué creciendo. Ella era, para ellos, el remanso de paz, la fuente solitaria en mitad de ardoroso camino.

El duque visitaba a sus hijos durante las clases, jugaba con ellos, gozaba de la vida y de la paternidad entre las cuatro paredes del estudio; era, en fin, feliz.

Pero la maledicencia acechaba. Los criados murmuraban, envidiosos de la influencia de la institutriz.

La murmuración se extendió también fuera de la casa, y un periodizacho publicó el "hecho sorprendente" de haber visto, en un palco del mejor teatro, al duque con su hija mayor y la institutriz, durante una breve ausencia de la duquesa, añadiendo que el rey les había saludado afectuosamente en público.

La calumnia que proclamaba el periodizacho motivó el regreso de la duquesa con su padre, y Henriette fué severamente amonestada, pero sin despedirla, por no dar mayor verosimilitud al hecho, sino conminándola a permanecer algún tiempo más en la casa y a no dar pábulo a nuevas murmuraciones. El duque se vió, a su vez, obligado a presentarse en todas partes con su esposa so pretexto de defender el honor de su alta alcurnia, y le cambiaron su ayuda de cámara por otro, espía al servicio de la duquesa y su padre. Los celos de la duquesa no tenían freno nunca. Pro-

moviéndose un día un vivo altercado entre los esposos, reprochando la duquesa a su marido que ni se dignara abrir las cartas que para comunicarse con él le mandaba por debajo de la puerta de sus habitaciones, llenas de celos, desasos y recriminaciones.

De la fugida humildad pasó la duquesa a las exigencias, escuchando la disputa, aterrados, los niños y la institutriz, preparados para ir a pasar unos días en sus posesiones de Melun, y a consecuencia de tal riña, la duquesa no partió con sus hijos, a los que prometiera acompañar; y ello dió origen a que el duque los visitara solo y adquiriera en su pecho más raigambre el amor que sentía por la dulce institutriz, tan generosa y cariñosa con sus hijos.

Sucedió que mientras Pierre, el viejo servidor y cochero de la casa, se llevaba a los niños a que se divirtieran en la feria de Melun, instalada con motivo de las fiestas del pueblo, el duque y Henriette fueron a tomar un refrigerio en una típica posada, cuyos dueños conocían y apreciaban al noble señor.

—¡Dios mío! ¡Cómo me alegraré ver nuevamente a sus hijos, señor duque!—exclamó la posadera al dar el parabién a su distinguido cliente—. Isabel debe estar ya para casarse, ¿eh?

Desapareció la buena mujer y, al quedar solos, se entabló el siguiente diálogo entre Henriette y el duque:

—¿Ve usted?—le dijo él—. No puedo ocultar nada. Hasta una vieja amistad me recuerda que ya tengo edad para ser abuelo.

—¡Oh! No presume de viejo, señor. Aquí en Melun es usted el más joven de todos.

Le ayudó él a quitarse las botas de campo y, frente a frente, se entregaron a suave coloquio.

—Señorita, ¿no cree usted que a todos nos gustaría volver a los tiempos en que éramos felices? Ya ve usted, aquí en Melun lo olvido todo. Pero, ¿qué piensa usted? Siempre hablamos de los niños. Siempre "Señorita" aquí y "Señor" allá. Hay muchas cosas que me gustaría saber de usted.

—¿Qué quiere que le diga?

—No sé, hableme de su vida. ¿Fue feliz en su niñez?

—Pues... me crié sola, únicamente con mi abuelo, quien

nunca me perdonó del todo que hubiera venido al mundo. Tenía sus razones.

—¡Ah!... ¿Por eso dedicó su vida a los niños, por encontrarse sola? Ya lo había pensado.

—Gustándome, ¿qué otra cosa mejor?

—El matrimonio. Haría usted un hogar feliz.

—Nunca me casaré, señor.

—¿Puedo saber por qué dice eso?

—Verá usted, debe haber un misterio en mi nacimiento, aunque mi abuelo no quiso explicármelo. La incertidumbre acerca de mis padres ha hecho mi vida desagradable. A veces me parece que soy una de esas siluetas que se recortan en papel negro y se pegan en una cartulina. Sólo las líneas de una persona y dentro nada.

—¿Qué triste para usted!

—Le suplico me perdone. No quiero que sienta usted piedad por mí. Tengo a los niños y aunque, claro está, no son míos, a veces me imagino que lo son. Y cuando los arrojo en la cama y sé que al despertar por la mañana seguirán queriéndome, soy muy feliz.

—Bueno, aunque para mí ha sido una suerte que viniera usted a nuestra casa, como amigo deseaba para usted algo distinto.

—¿Por qué razón, señor?

—Sería mucho más agradable verla tranquila en su propio hogar, rodeada de sus hijos y jugando con ellos. Con su marido cuidándola y haciéndola dichosa.

Y la miraba con ternura; Henriette desvió la mirada y dijo:

—Se hace tarde, señor. Creo que debemos marcharnos.

En el fuego de la rústica chimenea chisporroteaban unos leños que se iban consumiendo, consumiendo...

—No, no se vaya. Ni se mueva—le suplicó el duque.

—¿Por qué?

—Le he pedido que no se mueva porque en esa posición el fuego da un reflejo precioso a su cabello. Tal vez se lo haya dicho porque es el día de difuntos y no se debe molestar a los espíritus, o quizás le pida que no se mueva porque éste es un momento tan lleno de comprensión que no me resigno a pensar que termine.

El corazón de Henriette latía dulcemente... pero la repentina e impetuosa aparición de los niños cortó el suave coloquio... el momento de comprensión... volviendo todos a la realidad.

* * *

La tiranía de la duquesa hizo que Henriette decidiera formalmente marcharse. Era necesario. Lo comprendía. Ella también tenía corazón y era preciso desaparecer. Accedió gustosa a ello la duquesa, bajo promesa de entregarle una carta de recomendación.

Con la muerte en el alma despidióse Henriette de los niños, que le acababan de regalar, en una cajita escondida en el fondo de múltiples cajas, como juvenil sorpresa, un medallón con una dedicatoria recordando el día que el duque los visitara en Melun y ella comprendiera claramente cuánto la amaba él y cuánto le amaba ella... y por eso se marchaba definitivamente.

Henriette se instaló en una casa de huéspedes. Se le agotaron los recursos, pues la carta de recomendación prometida por la duquesa no le llegó nunca, y al ir a visitar a Henriette en la pensión, acompañando con tal pretexto a sus hijos, enteróse el duque de esta cruel venganza de su esposa, por medio de la dueña de la pensión, que no supo guardar el secreto, y montando en cólera regresó precipitadamente a París para entrevistarse con la duquesa.

Apenas en su casa, el duque penetró en las habitaciones de su esposa y le expuso el motivo de su visita, que la encendió aún más al saber que acababa de ver a Henriette. La duquesa, arteramente, le mostró la carta que tenía preparada para recomendar a la ausente y que, según ella, había habido quedado olvidada en su secreter.

—Entrégamela.

—Espera un poco. Quiero leerla: Es preferible que me des tu aprobación. Dice así: "17 de agosto de 1847. A quien pueda interesar. Recomendando por la presente a mademoiselle Deluxy, cuyas excelentes cualidades de inteligencia y carác-

ter le han hecho muy querida de todos nosotros mientras prestó servicio como institutriz en mi casa. Se marchó por su voluntad y con disgusto nuestro. Firmado, Francis, duquesa de Praslin". ¿Crees que será suficiente?

—Es más que suficiente, Francis. Es generosa. No fui justo contigo. Dámela, pues.

—Espera. También escribí otra carta. Es posible que la encuentres mejor. Esta carta es muy importante para ti y para ella, y me parece que debes aprobarla. Escucha: "Certifico en esta carta que mademoiselle Henriette Deluxy estuvo empleada en mi casa como institutriz de mis hijos, desde luego en contra de mi voluntad, que soy su madre, pretendiendo robarme desde el primer día cuanto me era más querido. Envió a mis hijos a odiarme y me quitó el cariño de mi marido. Por fin no pude soportar más y decidí echarla de mi casa, como merecía. Todo esto lo certifico como cierto. Firmado, Francis, duquesa de Praslin". ¿Qué carta te parece mejor?

El duque sintió una oleada de ira enrojecer su mente.

—Y estuviste a punto de convencerme.

—¡Ja, ja, ja! Simplemente te doy a elegir, querido. Pero tiene poca importancia, porque en realidad hay poca diferencia entre ambas, ¿no crees? ¡Ja, ja, ja! Y te diré algo más: nunca escribiré una carta más que la que pueda impedirle que haga con otra mujer lo que ha hecho conmigo. Y si cree que se salvará yéndose a otro país, se equivoca. Si se va a Inglaterra, escribiré a Inglaterra. Si se dirige a otro país, mi odio la perseguirá. Aunque cruce el Océano. No se librará de él vaya donde vaya. Hasta el último rincón de la tierra mi odio la perseguirá.

El duque miraba de un modo aterrador a la duquesa y algo vió ella en su actitud que la hizo retroceder con espanto, pidiendo piedad con desesperación creciente.

Pero la negra suerte estaba echada. El duque era presa de un furor intenso, avasallador. Una nube cegó su razón, avanzó, avanzó... y en una terrible crisis de locura, dió muerte a su esposa.

* * *

La justicia detuvo a Henriette como autora indirecta de aquel crimen. Fué encerrada en la Conciergerie, sometida a terribles interrogatorios. El duque, por su alta condición en la política de aquellos tiempos, no pudo ser encarcelado, pero sería juzgado por la Cámara de los Pares. Se trataba de salvarle, obligándole a declarar que amaba a la institutriz; para así, con tal declaración, imputar a ésta el crimen, como instigadora del mismo, y no dar motivo a que el pueblo, que murmuraba, se revolviere justiciero contra la nobleza, como así había de hacerlo arrolladoramente.

¡Que declarase si la amaba! ¡¡Pues claro que sí!! Pero ello equivalía a condenar a Henriette.

Y se envenenó por no hablar, por no acusar, llevándose el secreto consigo.

La justicia, implacable, en su afán de defensa del fuero de la monarquía reinante, obligó a un careo entre el moribundo y la infeliz mujer; pero ni uno ni otro hablaron para nadie más que para sí mismos.

Murió el duque. Henriette, sin pruebas suficientes, fué libertada. Y supo, por boca del viejo criado Pierre, lo que el duque no dijo a la justicia: *que callaba, porque la amaba.*

* * *

La historia terminó. Todas las niñas comprendieron. Todas se hicieron perdonar, rodeando a la maestra de compresión y promesa de afecto.

Otra vez ganaba Henriette el corazón de sus educandas, como siempre.

Y allá, en el despacho de la directora, el abogado Henry, que la conociera en el barco al ir a casa de los duques, que se brindó a defenderla en París y que la recomendó al colegio norteamericano, le ofreció amparo para el resto de su vida, diciéndole con emoción:

—Henriette, entre un hombre y una mujer puede haber muchas clases de amor. La paz, la dulzura y la camaradería no son las menores de todas... Le prometí, al verla por primera vez, en el barco, que encontraría la felicidad en la tierra. Y voy a mantener esa promesa dedicando, a cumpliría, toda mi vida.

Henriette agradeció estas sinceras palabras, contemplando, a través de un ventanal, caer silenciosamente la nieve en el jardín, recordando la sentencia que un día pronunciara el duque, a propósito de un regalo que le hizo a ella, consistente en una bola de cristal dentro de la cual, agiténdola, caía como una lluvia de nieve en polvo;

—Y si se mira muy de cerca parece que el resto del mundo desaparece y se borra.

F I N



Los niños de la clase de francés...



...el abogado Henry, que la había conocido años atrás, en el barco...



Henriette llega al palacio de los duques de Praslin...



Henriette se apodera del corazón de los niños...



...arremetiendo por la indiferencia con que la trata el duque...



El duque experimentaba un Agradable bienestar junto a Henriette...



...encontrándose el niño aún malucho, manifestó sus deseos al duque...



...la duquesa se empeñó en llevarse el niño a poses...



...y le obligó a ir en el coche de repulidas...



...y pasó a las inmediatas cuidados de Henriette...



...una gran guardia cava...



¡Qué horas más angustiosas vivió Henriette!



No dejó un solo instante de vigilarle...



...alejada de allí la duquesa...



...el propio duque conducía al niño junto a una de las ventanas...



Ocultando su desprecio, la duquesa regañó un día a Henriette...



...Ella era, para ellos, el comienzo de paz...



...la buena voluntad en mitad de ardientes cavates...



...el duque giraba de la vida y de la personalidad...



...El rey les había saludado afectuosamente en el teatro...



Henriette fue severamente aconsejada...



...cambiaron al duque en ayuda de cámara...



Los celos de la duquesa no tenían nunca tregua...



Piotrovich un día se vio atrapado entre los ejes...



...y a consecuencia de tal rito, la duquesa se partió con sus hijos...



—Háblame de tu vida. ¿Fue talis en tu vida?



La tirada de la duquesa hizo que Henrietta decidiera marcharse.



Los niños le acababan de regalar un medallón...



...mientras la amaba él y cuánto le amaba ella...



...y por eso se marchaba definitivamente.



Así le agotaron los recursos...



— ¿Qué parte te parece mejor?



La justicia detuvo a Hércules...



...como autora indolente de aquel crimen...



...y sometida a terribles interrogatorios...



El duque, por su alta posición, no pudo ser ensartado...



...pero así lo juzgó por la Cámara de los Pares...



¡Que esclatase si le amaba! Ella equivale a todas las Henriettes



La justicia obligó a un caso entre el matrimonio y la infamia...



La historia terminó. Todas las niñas comprendieron...





Cubierta, imp. M. PELLOCEP

Muntaner, 111-Teléfono 76182

PRECIO: **1'50** PTAS.